



Palabras armadas

Palabras armadas

Estas son, quieren ser, palabras armadas. Y están cargadas. No por ese Diablo que dicen que las carga. Cargadas por mí. Porque creo que las necesitamos vitalmente ir reventando con la goma-dos de la verdad desnuda, de la verdad que es siempre revolucionaria, las tapias, los velos, los muros y los disfraces que ocultan las raíces de los hechos. Necesitamos ir rompiendo, explotando, destrozando las palabras embusteras, las frases enrevesadas, el lenguaje misterioso y mentiroso de los listos depredadores que medran cuando depredan porque cobran cuando disfrazan y maquillan lo que pasa.

Palabras armadas, pues. Palabras cargadas y montadas, apuntadas al corazón de la mentira envolvente que nos amenaza omnipresente y cotidiana.

Porque ¿qué es lo que nos pasa? Pues nos pasa que el sistema capitalista imperialista nos asfixia. Y que lo hace a través del Estado español ahora metamorfoseado en neo-nazi-fascista. Nos pasa que ese Estado es el eslabón de la cadena imperialista del capitalismo que nos atenaza y nos agrede a cada instante de formas variopintas, múltiples y simultáneas. Nos hace comer mierda y nos exige que nos guste advirtiéndonos que somos afortunados porque dentro de poco no habrá mierda suficiente para todos. En cuanto nos movemos nos anota, nos ficha, nos registra, nos empadrona, nos sella, nos mide, nos acota, nos cotiza, nos patenta, nos licencia, nos autoriza, nos prohíbe, nos guía, nos corrige, nos impide. Con el pretexto del Bien Común (que es el más privado y menos común de los bienes) nos pone a contribuir, nos expolia, nos explota, nos monopoliza, nos exprime. Y a la menor queja, a la primera protesta, ante la mínima resistencia, nos amonesta, nos multa, nos reprime, nos vilipendia, nos veja, nos zarandea, nos apalea, nos ahúma, nos dispara, nos encarcela, nos deporta, nos juzga, nos condena, nos sacrifica, nos aísla y nos aniquila.

Pero lo peor no es eso. Lo peor es que todo eso se miente. Todo eso se oculta. Todo eso se hace opaco. Lo

peor es que, siendo el sistema capitalista imperialista tan absurdo, inhumano, despilfarrador, incoherente e irracional como es, sólo puede sobrevivir negándose a sí mismo como es. Ocultándose. Haciéndose opaco, impenetrable a la luz del conocimiento. Es fundamental entender que el sistema no puede funcionar más que si consigue ocultar su esencia y su funcionamiento. Por eso el sistema gasta una enorme cantidad de esfuerzo, de energías y de recursos en su propia ocultación. En su propia mentira. En proyectar una imagen falsa de su propia realidad.

Los machistas del Romanticismo construyeron, repitieron y reelaboraron un arquetipo literario: la MUCHACHA-PURA-A-PESAR-DE-TODO, el mito y el tema de la prostituta redimida por amor. Usaron y abusaron de ese arquetipo Prévost (en «Manon Lescaut»). Rousseau (en las «Confesiones»), Goethe (en la balada «Der Gott und die Bajadere»), Schiller (en «Kabale und liebe»). Repiten el arquetipo la Fleur-de-Marie de Sue y Mila di Codro de D'Annunzio. Pues bien, toda la potencia (y es mucha) de los aparatos ideológicos de Estado (Televisión, radio, prensa, escuela, iglesias, sindicatos y partidos políticos «integrados», etc. etc.) está aplicada a la tarea de convencernos de que el sistema capitalista imperialista que padecemos es la MUCHACHA-PURA-A-PESAR-DE-TODO.

Es claro que para eso hay que hacer opaca la realidad, disfrazarla y disminuirla. Y comernos el coco para que nos convenzamos de que los horrores de la contaminación y del paro, los envenenamientos de los alimentos y las torturas de las comisarías, la explotación y el plustrabajo son simples achaques, meros defectos perfectibles, simples errores (a veces «trágicos») y desfallecimientos corregibles del sistema que —a pesar de todo— es puro.

Lo que intentan es que nos creamos que «Si reducimos la miseria, socorremos a los niños abandonados y reedu-



Justo de la Cueva Alonso

camos al encarcelado, si no exponemos al obrero probo al terror de las deudas y a la joven virtuosa a la tentación del seductor adinerado y si damos a todos la posibilidad de salvación, ayuda fraternal y apoyo cristiano, la sociedad será mejor». O sea, que aprendamos que LA VERDAD DE LA VIDA no la explica la lucha de clases (Arzalluz nos lo ha dicho muy bien dicho en Ayegui). Que aprendamos que la verdad de la vida es una historia cuyo título auténtico es «la epopeya del Trabajador Desdichado pero Redimible». O la edificante del «Terrorista Arrepentido y Recuperado».

¡Qué bien se entendía el mensaje soterrado de Ayegui! Este mensaje: «¡Ah, si lo superan los ricos!». Si los ricos estuvieran al corriente de todo, podrían intervenir con obras benéficas para curar las llagas de la sociedad y se demostraría que no es cierto que Euskadi sea un marco autónomo de la lucha de clases. «¡Ah, si lo supieran los diputados!». Si los diputados lo supieran, intervendrían para que no hubiera torturas...

Nos hacen falta, pues, compañeros, palabras armadas para rasgar la opacidad del sistema. Palabras para desvelar, para desenrañar en vez de palabras para consolar. Porque lo que menos necesitamos aquí y ahora son gentes como las cúpulas dirigentes del PNV que ejercen de príncipe Rodolphe de Geroldstein, gentes que se dedican a planificar fuerte sobre nuestras desgracias para luego administrarnos la receta del Gran Consolador. Ese que, como el lehendakari, es hábil con la anestesia que suprime el síntoma sin atacar la causa y, por eso, consuela rápido y consuela bien. No necesitamos consuelos. Necesitamos la verdad. Que es siempre revolucionaria.